

INTERNATIONAL CONFERENCE

Between Three Continents: Rethinking Equatorial Guinea on the Fortieth Anniversary of Its Independence from Spain

Hofstra University, Hempstead (New York)
Thursday April 2—Saturday April 4, 2009

LA ISLA DE ANNOBÓN, EL REFUGIO DE LAS MUSAS

Juan Tomás Ávila Laurel

El descubrimiento en 1492 es la doble confirmación del poder milagroso de la lengua y el desvelamiento del eterno aislamiento de la isla de Annobón. Mientras que lo marinos españoles y portugueses ardían de las fiebres de todos los trópicos que les tocaban en sus constantes repartos de los continentes y territorios en liza, al amparo de tratados mezquinos, los soberanos de las potencias ibéricas se intercambiaban sus posesiones en África y en América, intercambio, huelga decirlo, gestado con el consenso de la mentalidad esclavista dominante, mentalidad con la que comulgaban los monarcas de una Iberia pletórica de fe cristiana y que vislumbraba las perspectivas de un negocio triangular; ya que esta reflexión nos conduce al ámbito de la geometría, diremos en propiedad que fue un negocio redondo.

Hechas que fueron las capitulaciones, algunos siglos después de las más famosas, la Marina española dispuso que el destino llevara a aquellos mares al insigne marino Felipe

de Todos los Santos y Toro, quien pasó a la historia transatlántica con el blasonado renombre de Conde de Argelejos. Aquel marino español fue lanzado a la mar océano para, tras poner rumbo a la África infinita, tomar posesión de las nuevas tierras tras la firma de los tratados arriba aludidos veladamente. Las tierras aquellas eran Annobón y Fernando Poo, y en aquellos años la mención de ellas teñía al ambiente descubridor de un misterio insondable, como si el descubrimiento y la posesión de ellas fueran hitos supremos en aquella fiebre descubridora.

Fue lanzado el insigne Argelejos a los confines de la mar, mas nos llegó a su destino. Pero por estas paradojas hirientes de la Historia, la misma no nos dice con claridad cuál fue la causa inmediata de su óbito ni qué se hizo de su blasonado cadáver. Pero lo cierto fue que aquella omisión fue deliberada, pues es la única manera de soslayar la queja de los annoboneses, que solamente ellos saben que el hecho de ser tan largamente dejados de la mano de Dios es por haberse atrevido a alzar su innata altanería sobre la egregia figura de Argelejos, a quien no solamente no dejaron entrar, sino que impidieron que llevara su fiebre conquistadora a otras latitudes. La incertidumbre histórica no nos impide pensar que al fondo marino fue, glu, glu, glu, encerrado en un ataúd reforzado para que aquel cuerpo no fuera presa de la codicia de los voraces tiburones, que en aquella época debieron tener muchas razones para estar muy activos en todos los mares.

Ni todos los Primos de Riveras que sucedieron al noble marino fallecido fueron capaces de incorporar Annobón a su causa, toda vez que los nativos de aquella ignota isla

pensaban que jamás serían súbditos de una nación, la Castilla de aquella España que por no cristiana, decían, tenía por escudo a seres salvajes. No querían ser súbditos, recalocaban, de una nación infiel. Por exigir este hecho un breve digresión, no podemos dejar de señalar la paradoja de la reclamación de la cristiandad por unos hombres secuestrados en todos los rincones de África por una Europa conquistadora arbitrada por el mismo Papa de Roma y abandonados en la isla, hecho execrable por más bella que fuera la isla donde fueron depositados.

Corrieron los vientos de todos los puntos cardinales de aquella época marinera y los años subsiguientes no pudieron desengañar la realidad del aislamiento de los annoboneses. Durante años permanecieron solos, sin ni siquiera de una potencia malvada que los siquiera llamara súbditos.

La lejanía de la isla impidió que los isleños pudieran asomarse a cualquier borde redondo de una Tierra en expansión. Fu así que se hicieron, estando en su diminuta isla, los dueños de los cuatro horizontes.

El aislamiento de Annobón supuso, pues, el confinamiento involuntario de sus habitantes, lo que consagra su apartamiento de los beneficios de la ciencia de la comunidad universal.

Pero esta sequía material fue aprovechada por las musas, pues en la isla se establecieron para ayudar a los nativos a sobrellevar este ominoso abandono.

¿Hay registros estadísticos que confirman este aserto? Ni falta que hace; pero la obligación del desafío planteado exige la demostración de una somera lista que acate de una vez más a los reticentes. Por la fidelidad a la causa, haremos una breve reseña de los nativos de Annobón tocados por la mano sensible de las musas:

Pagalu, personaje legendario como real, profetizó un desarrollo sorprendente de la isla, profecía que, una vez más, confirma la terrible carestía de los isleños desde el inicio de sus tiempos, o sea, desde su época a-histórica.

Notable fue la presencia y el didactismo de Castillo Barril, insigne isleño que pagó su sapiencia con el infame pico de los esbirros de Macías.

De Maplal Loboch, tan desconocido como conocido, padre de los únicos que tuvieron una orquesta en Annobón, no hay nada que decir si se sabe que de sus raíces salió un insigne poeta, Paco. De aquel maestro ilustre se puede decir que fue un mecenas.

Justo es decir que **Calíope**, Musa de la poesía épica y heroica, y protectora de la elocuencia. Es la musa de los grandes poetas, **Talía**: Musa de la comedia y la poesía pastoril, y protectora del teatro, **Clio**, musa de la Historia y protectora de las Bellas Artes, **Euterpe**, Musa de la música instrumental y protectora de los intérpretes, fueron muy generosos al aceptar el mandato de sus padres para instalarse en Annobón abandonando a sus cinco hermanas.

Paco Zamora, de Madrid, sigue llamándose annobonés cuando coge y abre la boca. Pero

la bondad de su pluma es la causa de que todavía no haya trascendido su quehacer musical. Cuando quiso, cogió la pluma y dijo de sí mismo, mintiendo que lo hacia de la madre África:

Se os fue el secreto del protón
mientras
eboe, eboe, eboe
adorabais al ídolo de terracota
la cola del ritual
enlazaba con el éxtasis circular
de las caderas
y el ritmo de balafón y kora, pífanos y timbales
insuflaba, eboe, eboe
compás y delirio de rostros escarificados
despedazándose a contraluz
en su amplio banquete de danzas y brincos
(.....)

¡Qué importa que no hubierais entendido nada de lo que dice!, al menos podéis oír, suficiente servicio para alabarle como poeta grande.

A la luz de la cooperación española en África Ecuatorial Ricardo Madana y Desiderio Manresa abrieron sus ojos y ofrecieron a los curiosos el arte bella que llevaban dentro,

merecedora de muchos premios regionales y patrios que ahora no debemos mencionar.

Fueron guiados por **Clio**. Ah, fue hace poco que un señor llamado Juan, lo conocía de chico, murió sin haber demostrado a todos que era un excelente pintor, y solamente porque sobrevivía trabajando en una empresa de vigilancia nocturna. ¿Sabe alguien como murió? Recibió un culatazo en el costado porque creían los militares que lo hacían que se entendería que lo confundieron con un extranjero. Juan era igualmente de la isla, y nunca dejó de creer en ella hasta que fue arrebatado de esta vida.

¿Cómo es que hay tanto talento en una isla tan pequeña?, preguntó hace poco un locutor de radio micrófono en mano. Al alimón, Nanay Menemol, antes llamado Herminio Treviño, y yo dijimos que al estar tan aislados nos adueñamos de los cuatro puntos cardinales para preguntar por nuestra infiusta suerte. Poeta él, no tardará en ofrecer al pueblo al que quiere el primer hijo de su estro fecundo. Ya dirán los que siguen los pasos de todos si lo hace mejor de lo que esperamos de él.

“Las fronteras (políticas, culturales, literarias) son espacios tan complicados de habitar como propicios para la fabulación”, dice José Manuel Pedrosa cuando empieza a hablar de la última obra de Ávila Laurel. Repara Pedrosa en el último apellido del autor y cree por cuenta propia que **“A todas esas exóticas mitologías literarias isleñas, que parecen estar construidas sobre personalidades enormemente acusadas, y sobre obras y títulos de calidades insólitas, que han sido capaces de conquistar el centro del prestigio literario (el canon cuyo trono es el Nobel) desde islas que se hallan en el espacio liminal que queda entre el mar y la nada, es preciso sumar desde ahora la isla”**

de Annobón medio evocada y medio soñada, en su personalísimo español, por el autor de *Arde el monte*" La relación que hace Pedrosa entre la excelencia literaria con el último apellido del autor de Arde el monte de noche es la confirmación de la mediación de las musas en la producción literaria de uno de los hijos de Annobón llamados a llegar más lejos.

En Palea o en Malabo, donde sea, cuando pueden, y cada vez se puede menos, todos los annoboneses cantan con Desmali para mantener en el recuerdo su lugar. (Dos minutos de algo de Desmali) Que no diga nadie que Desmali es un gran cantautor no es un asunto que molestaría a los cientos de paisanos suyos que se congregarían para cantar con él cuando puede.